

*“Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y presentimientos del futuro”.* Esta frase de la filósofa francesa Simone Weil explica la tendencia instintiva humana a lo largo de la historia de formar comunidades con características comunes. Esta tendencia ha evolucionado a la construcción de una sociedad civil que podría definirse como artificial, cuyas diferencias más representativas son las naciones, los Estados. Estos pueden estar definidos por una cultura, lengua e historia comunes, pero son sus leyes las que dictaminan el funcionamiento del país, el comportamiento en sociedad de sus habitantes y sus relaciones internacionales y política exterior. La historia no es sino un largo relato de enfrentamientos, conflictos y alianzas entre estas mismas naciones: luchas por la hegemonía, opresión transitoria y el sentimiento propio de deber frente a los demás territorios no tan merecedores de prosperidad o desconocedores de lo que es una cultura correcta. ¿Es esto algo desalentador? ¿Las fronteras políticas solo generan hostilidad y contribuyen al incremento de la desigualdad? ¿O por otro lado son la clave para un mundo justo y el problema es nuestra percepción de ellas?

Vivimos en una sociedad basada en el contractualismo, su base más esencial es la confianza. Confiamos en que el otro cumpla su parte del acuerdo, su función social, para que esta máquina siga funcionando. Para Hobbes, el ser humano es egoísta por naturaleza, y cede parte de su libertad a un poder soberano con el fin de no sumirnos en el caos. “El hombre es un lobo para el hombre”. Estamos en una situación de acuerdo entre personas para obtener un beneficio mutuo, que es mucho mayor al riesgo que corremos en un libre albedrío, en el que nos atacaríamos unos a otros. Por eso hay un rechazo al inmigrante, eso sí, al pobre. Como dice Adela Cortina, como el pobre es el único que no tiene nada que dar en una sociedad de animales reciprocadores, se lo excluye, ya que no es tan útil como lo que nosotros nos percibimos ser. Sin embargo, la inmigración es algo necesario, ya que los países “ricos” en unos años estarán faltos de mano de obra ya que los trabajadores envejecen y la demografía se plasma en una pirámide de población invertida. Esto pone en peligro el contrato social en el que se basan los países modernos, la seguridad social y las pensiones. Pone en riesgo el contractualismo que define nuestra naturaleza humana. Por cuestiones de estabilidad nacional con respecto a factores como la economía, estos movimientos poblacionales se deben controlar, pero no son estas fronteras políticas las que causan este sentimiento de recelo al diferente, sino los prejuicios, las fronteras humanas.

En oposición a Hobbes, Kant creía en la posibilidad de una paz perpetua, de un único estado. Este último defendía cómo la humanidad tendía a la racionalidad, a través de la cual se podría acceder a las bases únicas de lo que es justo, actuando en base al imperativo categórico. “Actúa de tal modo que tu acción pueda convertirse en ley universal”. Sin embargo, siendo el ser humano tan individualista, actuando en favor del beneficio propio (como expone Hobbes), no se pueden establecer unas bases únicas de lo que es justo, porque nuestras motivaciones no se dirigen hacia un fin universal y colectivo. Se está tratando de imponer un racionalismo moral sobre una naturaleza humana emotivista respecto a esta misma moral. Las diferentes culturas y diferentes contextos en los que se cría el humano impiden que sintamos como buenas las mismas cosas. No por conocer el bien se actúa correctamente, actuamos en base a lo que nos produce una sensación de naturalidad y bienestar.

Entonces, la solución sería eliminar las fronteras que nos impiden aspirar a un objetivo común para poder asentar la justicia, ¿no? Es cierto que los precedentes históricos dan a entender que las fronteras solo causan injusticia. Muchos de los países descolonizados por Europa

sufrieron crisis post-coloniales. También, aunque haya habido una descolonización política, las empresas siguen explotando los recursos, creando un monopolio que les impide aprovechar la riqueza propia. Se les impide el desarrollo. Además, en grupos internacionales como el Consejo de Seguridad de la ONU, los países que más ayuda pueden necesitar no están representados. Esto ocurre con los países del continente africano. Sin embargo, la desaparición de las fronteras no es algo deseable. Para que un estado único se pudiese mantener, haría falta una homogeneización de la humanidad en la que se igualen culturas e ideales. Esto va en contra de nuestra naturaleza, ya que acorde al pensamiento de Simone Weil, al igual que comer para mantener la integridad física, nuestra alma necesita pertenecer a algo que nos identifique. *“Echar raíces es una de las necesidades más importantes e ignoradas del alma humana”*. Además, sin diferencias no hay avance, un pensamiento común derivaría en un estancamiento social. Además, la existencia de un solo poder soberano, generaría desconfianza y actitudes defensivas respecto a una posible corrupción de este, lo que impediría un bienestar humano general, seguro con su justicia y dirigentes.

Por lo tanto, ¿las fronteras políticas dificultan o ayudan a formar un mundo más justo? Las actuales, condicionadas como están por las fronteras humanas, dificultan esta justicia, ya que las ayudas se enfocan en una forma de acción humanitaria paternalista en la que se imponen unos ideales predeterminados. Además de que las naciones prestan ayuda a los desfavorecidos, pero no les ayudan a impulsar su propio desarrollo, generando una dependencia e inferioridad del territorio subordinado. Sin embargo, las fronteras políticas son necesarias para dirigirnos hacia una justicia global (el horizonte sirve para andar). Necesitamos una colaboración colectiva de las naciones para ello. No desde un enfoque de genuino interés por el bienestar del ser humano, sino según un enfoque individualista de obtener el máximo beneficio, pero esta vez para todos. Al fin y al cabo, si ayudar hace sentir bien se está mirando por un bienestar propio que colateralmente ayuda al otro. Al no haber una base de justicia definida y preexistente debido a nuestras diferencias e intereses, la nación recoge este individualismo de gente parecida entre sí para darles una representación que otorgará valor a su libertad y a su necesidad como persona, consecuentemente creando una sociedad justa basada en la valorización del ser humano por el hecho de serlo.